

# El último cumpleaños de Gonzalitos

Cualquier otro 20 de febrero hubiera sido una gran celebración: la gente se aglomeraría a su alrededor para saludarlo, felicitarlo y llevar algún modesto presente.

Sus amigos, pacientes, alumnos y ex alumnos esta vez no se arremolinaban para estrechar su mano, ni estuvo dispuesta una gran mesa en su honor. Ese año, 1888, el doctor José Eleuterio González no recibió a la gente que desde los diferentes pueblos del estado le llevaba sus buenos deseos.

“Aunque no era muy aficionado a las nocturnas y procuraba acostarse temprano, los alumnos



Consumido por los estragos de la enfermedad, su aniversario 75 no se celebraría en la ciudad de Monterrey como era costumbre

---

ofrecían todos los años una fiesta el 20 de febrero, día de su cumpleaños, que por las poesías y piezas literarias que nos han quedado traen la romántica añoranza de aquellas veladas pueblerinas salpicadas de valeses y organdí. Algunas tuvieron destellos patrióticos como la de 1866 en que los alumnos decidieron no invitar a ningún oficial francés de las fuerzas del general F. A. Bazaine enviadas por Napoleón III en ayuda al emperador Maximiliano y que en aquella fecha ocupaban Monterrey.”<sup>1</sup>

Cada aniversario los jóvenes amantes de las letras demostraban con versos y poesías el cariño, aprecio y gratitud que le tenían a su mentor. En 1866, el doctor Antonio Margil, originario de Galeana, leyó la siguiente composición:

¿Qué te daremos eminente sabio  
de tu cumpleaños en la fiesta grata  
si no tenemos más que humildes versos  
que nuestro afecto a tu bondad consagra?

Tú, que te acercas al doliente enfermo  
y que practicas caridad cristiana  
y que cumpliendo tal virtud sublime  
del infelice los tormentos calmas.<sup>2</sup>

En 1867 una significativa distinción le fue impuesta en su onomástico. Desde 1825 la

**POR ELIZABETH JARAMILLO**

Sala Museo Dr. Ángel Oscar Ulloa Gregori de la Facultad de Medicina de la UANL

Constitución del Estado esperaba al ciudadano con méritos suficientes para declararlo “Bene mérito de Nuevo León”, honor reservado a quien fundase una cátedra de Anatomía, Botánica, Economía, Derecho o alguna otra ciencia.

Gonzalitos respondió al reconocimiento otorgado de manera humilde y servicial, características conocidas por quienes lo trataron a través de los años.

“Tan altas y honoríficas distinciones ni siento en mí merecerlas, ni jamás soñé alcanzarlas. Yo no veo en esta vez en el Gobierno más que al padre tiernísimo que agradece sobre su corazón y recompensa con libertad profusa los más pequeños servicios prestados a los hijos de sus entrañas.”<sup>3</sup>

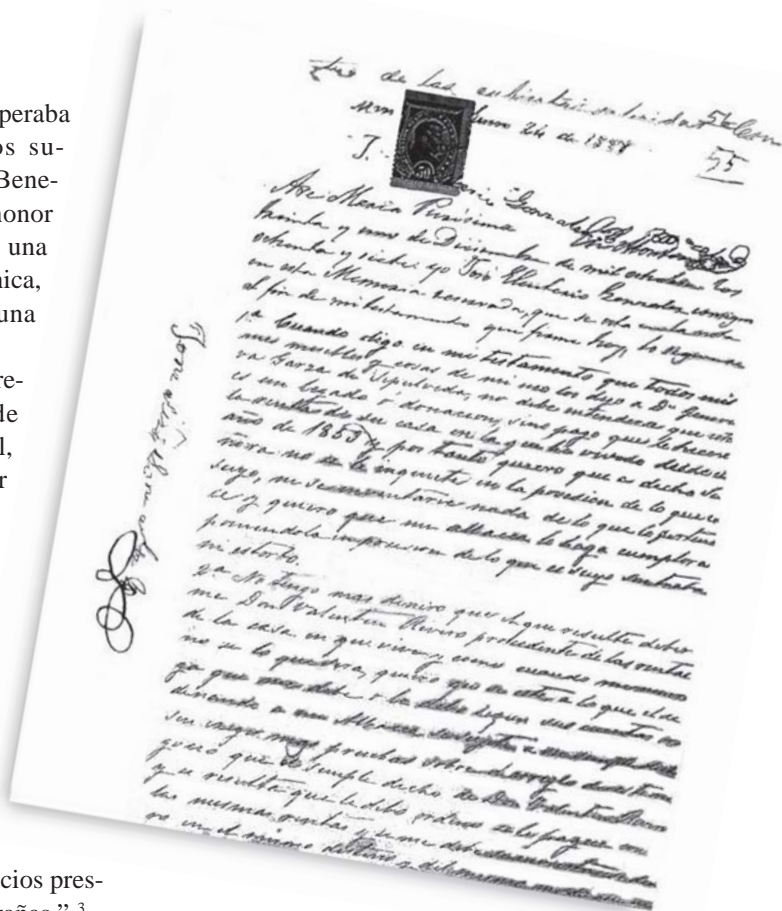
Ese mismo año los alumnos también organizaron un gran baile en el teatro Progreso y se imprimió un ejemplar del decreto en raso que se le obsequió al maestro.

Con el tiempo, la salud del doctor González poco a poco se fue deteriorando, perdió la vista del ojo izquierdo y luego –aunque logró salvar el derecho– un mal hepático lo fue consumiendo paulatinamente.

El 31 de diciembre de 1887 el mal semblante del maestro preocupaba a sus doctores, quienes habían sido también sus discípulos. Los más allegados, temiendo que el fin se encontraba muy cerca, acordaron sugerir al enfermo prepararse conforme a sus creencias y alistar su testamento.

“Volví un poco antes de las ocho. ¡Cuál no fue mi sorpresa al ver al escuálido anciano escribiendo su testamento por sí mismo en la mesa de la biblioteca! Su rostro estaba cadavérico, sus manos convulsas, pero no por cobardía, sino por los estragos de la enfermedad.”<sup>4</sup>

El 20 de febrero de 1888 no se celebraría al patriarca como era costumbre. La gente en todo Monterrey estaba convencida hace tiempo que su padecimiento sobrepasaba las fuerzas y el



entusiasmo de Gonzalitos. Sus alumnos acudían a él con afecto, le servían y acompañaban en todo momento de su enfermedad. Su biógrafo, Hermenegildo Dávila, compara estos momentos con la muerte del filósofo Sócrates quien rodeado de sus incondicionales discípulos habla sobre la inmortalidad del alma mientras ellos lloran a sus pies.

La vida del doctor José Eleuterio González no se apagaría ese 20 de febrero pero estaba cercano su fin. Él vio la primera luz en 1813 pero aún hoy, ciento noventa y siete años después, su legado ilumina con generosidad y benevolencia a los habitantes de Nuevo León.

### Notas

- <sup>1</sup> Francisco Guerra. *La vida y obra de Gonzalitos*. Londres, 1968, p. 23.
- <sup>2</sup> Dávila, Hermenegildo. Fragmento de “Al Sr. Dr. José Eleuterio González”, autoría del Dr. Antonio Margil Cortez en *Biografía del Doctor José Eleuterio González*. Monterrey, 1888. p. 79.
- <sup>3</sup> Dávila. *op. cit.* p. 93.
- <sup>4</sup> Dávila. *op. cit.* p. 232.